

María José Yaksic Ahumada

Aportes de Pedro Henríquez Ureña a la historiografía literaria en Latinoamérica

Universidad de Chile

mayaksic@gmail.com

Nuestra esperanza única está en aprender a pensar las cosas desde su raíz.

Pedro Henríquez Ureña

Al poco tiempo de ser publicado en Buenos Aires los *Seis ensayos en de busca nuestra expresión* (1928) del dominicano Pedro Henríquez Ureña, aparece en el diario limeño *Mundial* una reseña de José Carlos Mariátegui. No deja de ser interesante este hecho. Mariátegui y Ureña representan, a fines de la exitosa década de la vanguardia literaria, dos esfuerzos por pensar el proceso de la literatura –peruana en Mariátegui, latinoamericana en Ureña– bajo una perspectiva diacrónica que anuncia la pronta aparición de una expresión cultural particular que vendría a consolidar el proceso de autonomía cultural latinoamericana. Más allá de lo significativo que resulta el encuentro crítico entre ambos intelectuales latinoamericanos, la breve reseña del peruano resalta, entre otras cosas, dos puntos centrales sobre el texto del dominicano que conservan aún su actualidad, y que continúan siendo significativos para los descendientes de su teoría crítica. Por un lado, el establecimiento de una relación que no es ni de dependencia, ni de rechazo, sino de conciliación con Europa, y por otro, el desarrollo de una noción materialista de cultura. Sobre el primer aspecto, señala el peruano: “Henríquez Ureña reacciona contra el superamericanismo de los que nos aconsejan cierta clausura o, por lo menos, cierta resistencia a lo europeo, con mística

confianza en el juego exclusivo y excluyente de nuestras energías criollas y autóctonas” (Mariátegui, “Seis ensayos” 256). Y sobre el segundo:

[N]o busca la explicación en la raza, ni el clima, ni los modelos, ni en el demonio del romanticismo o del europeísmo. El arte y la literatura no florecen en sociedades larvadas o inorgánicas, oprimidas por los más elementales y angustiosos problemas de crecimiento y estabilización. No son categorías cerradas, autónomas, independientes de la evolución social y política de un pueblo. Henríquez Ureña se coloca a este respecto en un terreno materialista e histórico. (258).

Ambos elementos que detecta, en dicha ocasión, Mariátegui sobre la propuesta de los *Seis ensayos en de busca nuestra expresión* también han sido valorados por la teoría crítica latinoamericana. Es más, la perspectiva teórica de Ureña ha sido, y continúa siendo, profundamente influyente en el posterior desarrollo intelectual de un pensamiento regional que se propone instalar en su horizonte en primera instancia, una perspectiva inclusiva y abierta a la heterogeneidad, y en segunda, autónoma. Es por esto que a la luz de las preocupaciones recientes en el terreno de la historiografía literaria latinoamericana¹ me he inclinado por volver críticamente sobre dicho clásico del pensamiento latinoamericano y de la historiografía literaria de nuestra región. De esta manera, he decidido establecer un diálogo con el dominicano retomando también el incentivo que Ana Pizarro realiza en su artículo “Cuestiones conceptuales: hibridez y mestizaje”:

Me parece importante estar retomando a nuestros críticos, siempre también críticamente. No sólo para darle continuidad a sus hallazgos, no sólo retomando sus conceptos para evidenciar otros casos, sino para darle continuidad a su espíritu, percibiendo las direcciones de su trabajo. En la investigación y el reconocimiento de la pluralidad, en la configuración conceptual de las áreas continentales y de las lógicas culturales que las presiden. (102).

¹ La red de problemáticas que nos presenta la tarea de realizar una historiografía literaria para Latinoamérica radica en los tres elementos que la componen (historia, literatura y Latinoamérica), los cuales significan en sí mismos,

Henríquez Ureña en su condición de crítico y estudioso de la cultura tuvo la oportunidad de vivir en distintas zonas claves de Latinoamérica (el Caribe, México, el Río de la Plata) y de conocer las dos potencias de la época, Europa y Estados Unidos (ver Rama 90). Su recorrido vital que se caracteriza por una condición de “exiliado” de alguna manera le permitió mirar desde una cierta exterioridad la totalidad de la región latinoamericana desde sus propias particularidades, estableciendo contrastes y contrapuntos que dieran cuenta de la composición cultural compleja y mestiza de ella. Por esto, su legado no sólo comprende los materiales de su amplia obra escrita sino también, en su experiencia vital como crítico, hay elementos que nos permiten pensar en las vinculaciones de un pensamiento intelectual que establece un punto de habla latinoamericano – hispanoamericano, diría él–, a partir de una trayectoria de contacto con diversos países, sin ser exclusivamente de ninguno de ellos.

Cultura, integración regional y propuesta historiográfica

Los Seis ensayos en busca de nuestra expresión son una compilación de artículos y conferencias realizadas por Henríquez Ureña dentro de un periodo que trasciende una década, y que va desde el año 1915 hasta el 1926. En su conjunto, dichos textos otorgan un breve panorama de sus preocupaciones más recientes a la fecha de publicación, y a pesar de que no es una obra pensada como una totalidad, sí muestra implícitamente un deseo de totalidad en las temáticas que aborda. Específicamente se compone de nueve trabajos: seis ensayos que se subdividen en 1) Orientaciones (“El descontento y la promesa”, “Caminos de nuestra historia literaria”, “La renovación del teatro. Hacia un nuevo teatro”) y en 2) Figuras (“Don Juan Ruiz de León”, “Enrique González Martínez”, “Alfonso Reyes”), más dos apuntes argentinos (“El amigo Argentino”, “Poesía argentina contemporánea”) y un ensayo complementario sobre la literatura en la “otra América” que se titula “Veinte años de literatura en los Estados Unidos”.

A través de esta serie de textos podemos ver un tratamiento de la cuestión general hispanoamericana en sus tendencias y orientaciones, un análisis más particular sobre algunas

figuras relevantes en el campo intelectual mexicano, como también una aproximación a lo que ocurre en la zona del Río de la Plata. Ambas zonas, México y el Río de la Plata, representan para Ureña la mayor expresión del proceso de configuración de un carácter propio en la América española. Por otra parte, el ensayo sobre los Estados Unidos funciona como un contrapunto interesante, ya que expone el proceso particular de desarrollo literario en la América anglosajona, a partir de su situación cultural en particular. Resulta pertinente pensar que la incorporación de este último ensayo no es del todo arbitraria, sino de carácter implícitamente comparativo.² Podemos decir también, a partir de estas características, que en *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* los límites nacionales y genéricos (poesía, narrativa, drama) son transgredidos a favor de la construcción de un panorama regional que tiene en su centro una noción de totalidad diferenciada. La compilación del año 1928 da cuenta de una pluralidad en el conjunto regional, a la vez que genera un abordaje contrastivo con las fuentes que componen el acervo cultural de la América hispánica: la tradición occidental –vía la herencia española–, y la tradición indígena.

Existen varios caminos para abordar este texto fundamental del pensamiento crítico latinoamericano. Para este caso, y a favor de los objetivos que me he propuesto, abordaremos fundamentalmente los ensayos “El descontento y la promesa”, “Caminos hacia nuestra historia literaria” y el ensayo, fundacional dentro de la producción del Ureña, “La utopía de América” del año 1922.

a) Noción de cultura y literatura

Henríquez Ureña propone una noción de cultura que no deja de ser transgresora, dada la tendencia materialista con la cual instala el concepto:

² Aunque a Mariátegui le haya parecido un ensayo de otro orden, “ajeno” al núcleo central sobre el problema de la expresión americana, no deja de parecerse al contrapunto que el mismo peruano realiza en su ensayo contrastivo entre América Latina y los Estados Unidos sobre el sentimiento religioso (en *Siete ensayos sobre la realidad peruana*), específicamente sobre a las condiciones del arraigo católico y protestante.

No se piensa en la cultura reinante en la era del capital disfrazado de liberalismo, cultura de delirantes exclusivistas, huerto cerrado donde se cultivan flores artificiales, torre de marfil donde se guarda la ciencia muerta, como en los museos. Se piensa en la cultura social, ofrecida y dada realmente a todos y fundada en el trabajo: aprender no es sólo aprender a conocer sino igualmente aprender a hacer. No debe haber alta cultura, porque será falsa y efímera, donde no haya cultura popular. (*La utopía* 4-5).

La noción de cultura como “hacer”, como construcción, y no como “alta cultura” –exclusiva de unos pocos espíritus geniales– traslada la discusión sobre dicho concepto a otro terreno: la cultura más que operar en la esfera de las “bellas letras”, se desarrolla en aquel espacio donde se configura lo “nacional”. Tal como se expone en “El descontento y la promesa”, éste vendría a ser un proceso de orden histórico: si algo instaló la “revolución romántica” fue la necesidad de configurar una expresión genuina acorde con el proyecto de los Estados-nación. En este sentido, el problema de la expresión genuina de la cultura americana se liga al problema de la consolidación de una independencia político-cultural, la cual vendría a cerrar su ciclo con la autonomía del arte, esto es, vía la expresión de su particularidad y de los elementos orgánicos que la componen:

El problema de la expresión genuina de cada pueblo está en la esencia de la revolución romántica, junto con la negación de los fundamentos de toda doctrina retórica, de toda fe en “las reglas del arte” como la clave de la creación estética. Y, de generación en generación, cada pueblo afila y aguza sus teorías nacionalistas, justamente en la medida en que la ciencia y la máquina multiplican las uniformidades del mundo. A cada concesión práctica va unida una rebelión ideal. (*Seis ensayos* 7).

Para el caso latinoamericano, la expresión de la cultura en la consolidación de una expresión particular identitaria pasa por plantear el cómo se debiesen asumir las influencias y la complejidad de nuestra composición cultural; por un lado, qué es lo ajeno y qué es lo autóctono, y por otro, cómo es posible afinar una expresión (estética) que dé cuenta de lo que somos. En este sentido, la herencia de la lengua española resulta problemática para la configuración de una

identidad en la América hispánica: se presenta la disyuntiva sobre cuál es la lengua que se debe acuñar (española o indígena), cuestión que se expresa mayormente en el terreno de la literatura que en las otras artes (música, plástica, etc.). Pero si bien, en el sentido romántico, la lengua sienta las bases para la consolidación una independencia cultural, la propuesta de Ureña es mixta: en la América hispánica se debiese hallar la fórmula para congeniar ambas herencias, en vez de renegar de alguna de ellas:

Apresurémonos a conceder a los europeizantes todo lo que les pertenece, pero nada más, y a la vez tranquilicemos al criollista. No sólo sería ilusorio el aislamiento [...], sino que tendremos derecho a tomar de Europa todo lo que nos plazca: tenemos derecho a todos los beneficios de la cultura occidental. Y en la literatura –ciñéndonos a nuestro problema– recordemos que Europa estará presente, cuando menos, en el arrastre histórico del idioma. (*Seis ensayos* 12).

Considerando que esta herencia es irrenunciable, y que resulta ilusorio e inútil pensar en el retorno a la lengua indígena, el dominicano propone como necesario asumir la condición mestiza de la composición cultural americana, y sobre esa base, afinar laboriosamente una expresión genuina. En este sentido, la salida posible para Ureña radica en expresar aquella condición mestiza en la forma y contenido del lenguaje, porque: “Aquella comunidad tradicional (Occidente) afecta sólo a las formas de la cultura, mientras que el carácter original de los pueblos viene de su fondo espiritual, de su energía nativa” (*Seis ensayos* 13). Para lo cual, continúa señalando que: “El compartido idioma no nos obliga a perdernos en la masa de un coro cuya dirección no está en nuestras manos: sólo nos obliga a acendrar nuestra nota expresiva, a buscar el acento inconfundible.” (13).

Desde esta perspectiva, se puede ver que, para el crítico latinoamericano, la noción de literatura se encuentra inserta dentro de una noción amplia de cultura que implica la integración de las variables sociales, políticas y económicas y la función que ésta cumple dentro de un sistema social dado. La historización del concepto de arte y cultura en Ureña abre una perspectiva para pensar la composición específica latinoamericana de forma independiente y no dependiente,

como se había dado hasta esos momentos. No es menor tener en cuenta que el contexto en que el dominicano plantea esta noción de cultura en Latinoamérica es un momento bisagra que se fragua en la paulatina retirada de la hegemonía oligárquica de Latinoamérica y el progresivo avance y conciencia política de los sectores medios y populares. Justamente por su actitud materialista de historizar los procesos culturales en la región, Ureña pronostica las posibilidades de un relevo en el terreno de la hegemonía de la alta cultura hacia una futura expresión genuina de la particularidad americana, expresada en las artes.³

b) Conciencia regional de la América hispánica

Por cierto, la noción de cultura de Ureña sienta las bases para la configuración de una conciencia regional en su pensamiento. Desde “La utopía de América” se comienza a hacer manifiesta la presencia de una sólida conciencia regional que comprende una unidad espiritual del continente y que trasciende las particularidades nacionales:

La unidad de su historia, la unidad de propósito en la vida política e intelectual, hacen de nuestra América una entidad, una magna patria, una agrupación de pueblos destinados a unirse cada día más y más.”

(La utopía 5).

Por un lado, dicha unidad tiene un carácter objetivo arraigado en los procesos históricos comunes, y por otro, uno voluntarista y formativo: trabajar un espíritu americano a favor de una unidad continental que logre consolidar una identidad americana. Para Ureña, ese espíritu unificador ya existe, y sólo habría que expandirlo para lograr su consolidación y volverse, podríamos decir desde hoy, una herramienta de resistencia frente a la amenaza imperial de las metrópolis:

³ Señalo aquí las artes en general, porque resulta interesante que Ureña no sólo se haya interesado por la producción literaria, su noción de cultura abarca todas las formas de expresión posibles que reflejen ese lenguaje particular deseado. Esta mirada integral de las artes como discursos expresivos de una identidad regional anticipa noción de cultura que acuñaran posteriormente los Estudios Culturales y la teoría crítica latinoamericana.

Si el espíritu ha triunfado, en nuestra América, sobre la barbarie interior, no cabe temer que lo rinda la barbarie de afuera. No nos deslumbre el poder ajeno: el poder es siempre efímero. Ensanchemos el campo espiritual: demos el alfabeto a todos los hombres; demos a cada uno los instrumentos mejores para trabajar en bien de todos; esforcémonos por acercarnos a la justicia social y a la libertad verdadera; avancemos, en fin, hacia nuestra utopía. (*La utopía* 6).

Ahora bien, los elementos que componen dicha conciencia regional en Ureña, son un ejemplo del mestizaje americano en sí, ya que se nutre, por un lado, de las nociones hegelianas de totalidad y particularidad, y por otro, las propuestas de desarrollo espiritual latinoamericano de José Enrique Rodó. En otras palabras, una síntesis entre la dialéctica hegeliana y la confianza en la educación estética del hombre del pensador uruguayo. De esto me interesa, más que revelar posibles influencias, dar cuenta de dos cuestiones: a) Ureña continúa la línea anti-positivista fundamental durante el inicio del siglo XX latinoamericano trazada por Rodó en su *Ariel*, b) relaciona en dicha vertiente una noción explícitamente materialista y dialéctica de los procesos históricos con una perspectiva universal que no anula las características particulares.⁴

El hombre universal con que soñamos, a que aspira nuestra América, no será descastado: sabrá gustar de todo, apreciar todos los matices, pero será de su tierra; su tierra y no la ajena, le dará el gusto intenso de los sabores nativos, y será su mejor preparación para gustar todo lo que tenga sabor genuino, el carácter propio. La universalidad no es desacatamiento: en el mundo de la utopía no deberán desaparecer las diferencias de carácter que nacen del clima, de la lengua, de las tradiciones, pero todas estas diferencias, en vez de significar división y discordancia, deberán combinarse como matices diversos de unidad humana. Nunca la uniformidad, ideal de los imperialismos estériles; sí la unidad, como armonía de las multánimes voces de los pueblos. (*La utopía* 8).

⁴ Grínor Rojo en su ensayo “Pedro Henríquez Ureña en busca de nuestra expresión” analiza las influencias en el pensamiento de Ureña de forma detallada. También destaca la postura anti-imperialista del dominicano, la cual hace relación con su propuesta de conciencia regional.

Es aquí donde Ureña expone su originalidad, la cual lo sitúa podríamos decir en términos de Foucault, como un “fundador de discursividad”⁵ para Latinoamérica. La forma en que articula esa conciencia regional en filiación con una expresión identitaria latinoamericana resulta ser, posteriormente, tan influyente porque complementa y traslada dos vertientes de ideas (una extranjera, otra autóctona), de emergente arraigo en Latinoamérica, hacia el ámbito de la cultura. Esta conciencia regional en Ureña parte también de la afirmación de una diferencia objetiva con Europa que se sostiene en su composición cultural heterogénea que ha vivido diversos procesos evolutivos en ese devenir histórico de diferenciación que va desde la conquista, hasta el presente del cual nos habla:

Simplifiquémoslo: nuestra literatura se distingue de la literatura de España, *porque no puede menos que distinguirse*, y eso lo sabe todo observador. Hay más: en América, cada país, o cada grupo de países, ofrece rasgos peculiares suyos en la literatura, a pesar de la lengua recibida de España, a pesar de las constantes influencias europeas. (*La utopía* 17).

Entonces, asumida una característica regional diferenciada, “porque no puede menos que distinguirse” del territorio metropolitano, destaca la tendencia en la literatura de una apropiación territorial del espacio geográfico americano mediante las descripciones en la narrativa. Si bien, el dominicano rechaza el abuso del recurso de la descripción cuando se vuelve “un hábito mecánico”, apunta a que es un proceso necesario y genuino. No obstante, destaca que el tratamiento del sujeto que habita ese espacio geográfico, el indio, no haya sido el adecuado ya que no se le ha otorgado un lugar justo en dicha configuración del espacio. El llamado que realiza a reincorporar al indígena en la literatura, despojándolo de la mirada de los cronistas de la conquista española (cita a Hernán Cortés, Ercilla, Cieza de León), se presenta como un llamado a revisar críticamente todos aquellos discursos que han instalado una visión pobre y parcial de

⁵ Este concepto lo propone Foucault en su texto “¿*Qué es un autor?*” conferencia presentada en el Collège de France ante la Sociedad Francesa de filosofía el 22 de febrero de 1969.

América y sus habitantes, dado que resulta necesario reconquistar también ese espacio del discurso histórico.

Los elementos que se exponen tanto, en los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* como en “La utopía de América” para fomentar una conciencia regional, dan cuenta de que el dominicano, a esas alturas, ya observaba la existencia de una cierta autonomía en América, que si bien tenía que profundizarse con la evolución de las artes, el reconocimiento de los elementos orgánicos que componen su cultura, y por ende, su territorio, la posicionaban en un estado de igualdad respecto a la metrópolis. La herencia cultural en esos textos se encuentra asumida, sólo en cuanto herencia, y no bajo la forma de dependencia.

c) La propuesta historiográfica

En el ensayo “Camino de nuestra historia literaria” Ureña propone cuatro ejes y tres sub-ejes necesarios a considerar al momento de realizar el proyecto de una historiografía literaria de la región. Primero, señala la necesidad de establecer una tabla de valores jerarquizadora que permita organizar la producción regional en torno a algunas figuras centrales y textos indispensables: “la historia literaria de la América española debe escribirse alrededor de unos cuantos nombres centrales: Bello, Sarmiento, Martí, Montalvo, Darío y Rodó” (*Seis ensayos* 16). Una historia literaria no debería ser una reseña de *todo* lo que se ha escrito, ya que no todos los textos y autores tienen la misma significación en el proceso evolutivo de la literatura en la América hispánica.

Segundo, habría que diferenciar entre los tipos de nacionalismo que presentan las producciones culturales. Para esto hay que considerar la existencia de un “nacionalismo espontáneo” y uno “perfecto”. El primero refiere al natural acento de la tierra nativa en la cual se escribe, y el segundo, es producto del trabajo estético y productor de las grandes obras. Sobre estos dos nacionalismos su inclinación es explícita:

[N]uestra historia literaria de los últimos cien años podría escribirse como la historia del flujo y reflujo de aspiraciones y teorías en busca de nuestra expresión perfecta; deberá escribirse como la historia de los renovados intentos de expresión y, sobretodo, de las expresiones realizadas. (*Seis ensayos* 16).

A su vez, sobre este segundo eje, el dominicano expone la diferencia sustancial entre lo español y lo americano, como también, la existencia de grupos regionales diversos según las zonas culturales. Dicha diversidad es dada lingüísticamente componiendo cinco grupos.

En tercer lugar, establece una crítica a la idea de exuberancia que se le ha atribuido al territorio americano y la cual se ha extendido desde un punto de vista metropolitano a la valoración de la literatura. Ureña no adhiere a la teoría de nuestra exuberancia, pero sí reconoce la existencia de un “ambiente de ignorancia” masificado. Por tanto, no existe por una condición natural de exuberancia sino, por una situación explicable a partir de los procesos históricos propios del continente. Para él, dicha exuberancia no es esencial sino una *situación* o condición cultural transformable:

En cualquier literatura, el autor mediocre, de ideas pobres, de cultura escasa, tiende a verboso [...] En América volvemos a tropezar con la ignorancia; si abunda a palabrería es porque escasea la cultura, la disciplina, y no por exuberancia nuestra. (*Seis ensayos* 18).

En el fondo, para Ureña, más que escribir la historia de la literatura hispanoamericana desde la teoría de la exuberancia, hay que hacerla desde la otra vereda, combatir la ignorancia.

En cuarto lugar, siguiendo la línea argumentativa anterior, para el dominicano la interpretación naturalista de la producción literaria (ligada al clima, a la geografía, a las condiciones naturales) no es correcta, pero sí lo es, la consideración de las condiciones políticas de las zonas lingüísticas. Por esto, la polémica división que se establece entre la “América buena” y la “América mala” no depende de que una zona sea templada o tórrida, sino de las diversas composiciones político-culturales. Para Ureña, las “naciones serias” van dando forma y estabilidad a su cultura, y es en ellas donde las letras se vuelven una actividad normal, y por lo

tanto, fructífera. En cambio en las “otras naciones” donde hay inestabilidad política y social e instituciones débiles el proceso de desarrollo de una literatura estable ha flaqueado. Señala Ureña:

Todo hace prever que a lo largo del siglo XX, la actividad literaria se concentrará, crecerá y fructificará en la “América buena”; en la otra –sean cuales fueren los países que al fin la constituyan–, las letras se adormecerán gradualmente hasta quedar aletargadas. (*Seis ensayos* 20).

En suma, los cuatro ejes que expone Ureña son puntos básicos para construir un panorama de la historia literaria hispanoamericana que consideran: metodología de exposición de autores, organización territorial, valoración de los procesos literarios y consideración de las situaciones sociopolíticas de cada una de las zonas.

Por otra parte, como se señaló más arriba, a partir de estos puntos de base propone otros tres sub-ejes complementarios que se debiesen considerar como signos de lo que vendría a futuro. Primero, la retirada de la hegemonía de Europa (el “eclipse de Europa” como él lo llama) que se da en el terreno de lo político, y que tiene su correlato en el proceso de la literatura, y lo cual es valorado por el dominicano como un proceso positivo:

[C]omo de Europa no nos viene la luz, nos quedamos a oscuras y dormitamos perezosamente; en instantes de urgencia, obligados a despertar, nos aventuramos a esclarecer nuestros problemas con nuestras escasas luces propias. (*Seis ensayos* 21).

Segundo, bajo el signo de ese “eclipse” replantea el problema de la herencia europea en la literatura a partir de la diferenciación y tensión entre *herencia e imitación*, señalando el derecho que tiene Hispanoamérica a la cultura occidental, pero considerando que dicha *herencia* no es sinónimo de *imitación*, dado que cuando la imitación se vuelve exclusivamente imitación se vuelve perjudicial: “nuestro pecado en América, no es la imitación sistemática [...] sino la imitación difusa, signo de la literatura de aficionados, de hombres que no padecen ansias de creación” (*Seis ensayos* 22). No obstante, Ureña remarca la importancia de las influencias como

una condición natural de las formaciones culturales: “Cualquier literatura se nutre de influjos extranjeros, de imitaciones y hasta de robos: no por eso será menos original.” (*Seis ensayos* 22). En este sentido, manifiesta su posición heterodoxa respecto a las herencias, influencias y transculturaciones. En su concepción crítica de los procesos de desarrollo del arte, comprende como esencial la posibilidad de reapropiación. No adscribe a la idea del genio romántico, sino asume que toda literatura surge de las posibilidades concretas que sus condiciones culturales y materiales (político-económicas) le permiten. En un último lugar, otorga un espacio relevante a la influencia indígena, como una fuente fundamental que vitaliza el proceso de búsqueda de la expresión americana:

Después de nuestra emancipación política, hemos ensayado el regreso consciente a la tradición indígena. Muchas veces erramos, tantas, que acabamos por desconfiar de nuestros tesoros: la ruta del indigenismo está llena de descarrilamientos. (*Seis ensayos* 23).

No obstante, la incorporación de lo indígena es deseable.

De esta manera, Ureña cierra sus orientaciones para la historiografía proyectándolas hacia el futuro:

[L]a expresión genuina a que aspiramos no nos la dará ninguna fórmula, ni siquiera la del “asunto americano”: el único camino que a ella llevará es el que siguieron nuestros pocos escritores fuertes, el camino de perfección, el empeño de dejar atrás la literatura de aficionados vanidosos, la perezosa facilidad, la ignorante improvisación, y alcanzar la claridad y firmeza, hasta que el espíritu se revele en nuestras creaciones acrisolado, puro. (*Seis ensayos* 24).

Henríquez Ureña desde la actualidad

La noción de cultura que Ureña propone a fines de la década del veinte se encuentra en sintonía con la promovida por la corriente de los Estudios Culturales. Basta con volver al influyente Raymond Williams en su libro *Marxismo y literatura* para asumir dicha interconexión. Es posible

pensar que la actualidad de Ureña y su consideración como “padre” de la historiografía latinoamericana moderna, sea deudora de este intento por considerar el sistema literario dentro de otras coordenadas. Vale señalar, que la influencia del autor inglés dentro de la nueva historiografía y crítica latinoamericana es crucial para los nuevos impulsos investigativos en este terreno que se dan a partir de los años ochenta.⁶ La noción de cultura de Ureña, si bien no resuelve todas las interrogantes que nos plantea, propone ciertas luces respecto a la necesidad de situar en una trama socio-histórica las producciones culturales. Fue asunto de sus sucesores pensar una metodología que permita avanzar hacia una definición de cultura y literatura que lograra incluir de manera justa las expresiones que quedan fuera del orden de lo “culto”.

Por otra parte, en primer lugar, la cuestión territorial en Ureña, sino fue un cambio paradigmático en su momento, sentó las bases necesarias para afirmar una conciencia regional – heredera en muchos aspectos de aquella “nuestra América” de Martí– que establecía sobre sus cimientos la compleja composición cultural de la región compuesta por las herencias que la constituyen (española, indígena, y actualmente, incluiríamos a la africana). Este reconocimiento étnico-racial interno, sin duda era el paso para actualizar el modo de relación con Europa y comenzar un vínculo de intercambio horizontal que no surgiera desde la asimetría dada por la dependencia cultural. En segundo lugar, si bien la propuesta de la “América hispánica” o la “Hispanoamérica” como definición no tuvo posterior éxito, la inclusión en la raíz hispánica, de Portugal, y por tanto, de Brasil, dentro del mapa territorial, fue un aporte trascendental para el estudio de nuestra diversidad regional.⁷ Brasil hasta ese entonces, y fundamentalmente por la diferencia lingüística, no había sido incorporado en la matriz de composición cultural latinoamericana. Ahora bien, el camino trazado por Ureña en torno a la definición territorial y cultural de América Latina sembró la posibilidad de incorporar posteriormente otras zonas – repensando el problema de las “zonas culturales” planteado por él– atendiendo a las diversas

⁶ Por ejemplo, este aspecto lo destaca Beatriz Sarlo en su artículo “Raymond Williams: una relectura.”

⁷ Varios autores subrayan este aporte de Ureña. Por ejemplo, se puede revisar en el artículo de Rama “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración” y el de Carlos Pacheco y Ana Pizarro “Aprehender el movimiento de nuestro imaginario social”.

variables lingüísticas o territoriales. Desde los años cincuenta en adelante, se comenzó a considerar el Caribe como una unidad cultural más dentro del sistema diferenciado de América Latina, y por su parte, la Amazonía como una unidad cultural autónoma. Como también, luego de los procesos históricos de las dictaduras latinoamericanas y la coyuntura política que desata los sesenta, aparece en aquel panorama un territorio des-territorializado que vendría a componerse por los lugares de exilio –extra-regionales– donde muchos latinoamericanos debieron migrar forzosamente por sus contextos socio-políticos.⁸

La tensión teórica entre Historia y Literatura que encuentra su salida en Latinoamérica en la búsqueda metodológica para abordar la producción cultural regional de una forma abierta e incluyente –que considere las diversas influencias culturales en sus variaciones particulares– da lugar a la aceptación de una coexistencia de los sistemas de influencia que configuran su composición: a) el sistema de raíz erudita que comprende la lengua y cultura metropolitana, b) la variación particular de esa lengua en algunas regiones, como se puede observar en el caso del *creole*, c) la permanencia histórica y actualizada de las lenguas nativas (ver Pizarro, *La literatura* 19). Teniendo en cuenta estos aspectos, se vuelve necesario poner en crisis toda visión homogénea de la literatura latinoamericana, para comenzar a tratar dicho campo de una forma plural que englobe a “las literaturas latinoamericanas”. Esto puede darse, como bien se refleja en la serie de artículos compilados por Ana Pizarro en *La literatura latinoamericana como proceso* del año 1983,⁹ mediante un proyecto de historiografía literaria que se proponga visibilizar los momentos de formación discursiva, de aglutinación o modulación en el sistema literario, que atiendan a ese “flujo y reflujo” del cual nos habla Ureña en su propuesta historiográfica:

Existen tendencias evolutivas que se prolongan en el tiempo y que en su desarrollo adquieren distintas modulaciones: es necesario aprehenderlas en su extensión, del mismo modo como es necesario aprehender

⁸ Se puede consultar una propuesta de sistematización actualizada de las zonas culturales que definen la heterogeneidad latinoamericana en el artículo “Áreas Culturales en la modernidad tardía” de Ana Pizarro.

⁹ Esta compilación de trabajos de críticos relevantes de Latinoamérica tiene como antecedente las propuestas presentadas en *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, compiladas por la misma autora.

procesos de aglutinamiento, de especial productividad, que tienen una duración más limitada. (*Seis ensayos* 45)

En este sentido, la mayor confrontación, o la ruptura, en términos metodológicos con la historiografía literaria tradicional, tiene dos frentes principales: a) el desplazamiento de una concepción de lo literario como “alta cultura” hacia un concepto de “producciones culturales” que encuentra su punto de llegada analítico en la idea de una superestructura de imaginarios sociales,¹⁰ b) la forma de organización de los contenidos, en el plano específico de la periodización, que propone alternativas al ritmo histórico particular en el cual se mueve la literatura. La historiografía literaria latinoamericana moderna, y sobre todo reciente, se abre a la posibilidad de concebir la literatura ligada a la producción de imaginarios sociales, por lo cual estaría funcionando en otra temporalidad, al menos no lineal, respecto a los hechos históricos. Las propuestas para abordar esta otra temporalidad de las literaturas son variadas: combinar una metodología lineal con otra que de cuenta del desarrollo (Leenhardt), combinar modelos (Schwartz), buscar una fórmula para aprehender el tiempo múltiple (Pizarro), dialéctica entre la unidad y la diversidad (Martínez), dar cuenta de las secuencias (Rama), organizar entorno a los códigos culturales (Milliani).¹¹ Si bien las propuestas son múltiples, el eje que las une es la convicción de que la periodización tradicional que ajusta el tiempo literario al tiempo de la historia, no es útil.¹²

El método “comparatístico contrastivo” que se propone recientemente la historiografía literaria asume la necesidad de establecer un nuevo sistema de periodización que pueda dar cuenta de la diversidad de las literaturas del continente a la vez que contrasta dicha diversidad y

¹⁰ Sobre este punto, me parecen fundamentales los trabajos que ha realizado la sociocrítica de Agenot, Duchet, Robin y otros, los cuales incorporan la literatura a un sistema mayor discursivo que conforma “el discurso social” en un momento dado.

¹¹ Sobre las diferentes propuestas para abordar el problema de la periodización, Ana Pizarro se refiere en su “Introducción” a *La literatura latinoamericana como proceso*. Allí también se incluyen algunos artículos de interés sobre el tema, como el de Milliani, Rama y el de Rafael Gutiérrez Girardot. Este último desarrolló específicamente un análisis sobre dicho problema.

¹² Incursiones en este ámbito, al interior de la teoría crítica latinoamericana las hay desde Mariátegui, Henríquez Ureña hasta Cándido y Rama, entre otros.

particularidad con la literatura occidental y universal, esto es, en un movimiento de comparación hacia el interior y de contraste de la unidad continental con su afuera extranjero. De esta manera, la literatura integrada a un sistema mayor de significación que es diferenciado, pero que en su conjunto refleja una unidad, se acerca al objetivo de comprender la función histórica de la literatura en los procesos culturales. Dicho giro no es exclusivo de la historiografía literaria latinoamericana moderna, sino se encuentra también en sintonía con las propuestas teóricas de la teoría literaria desde los años sesenta. Basta recordar el incentivo post-estructuralista de Roland Barthes (182-183) respecto a la necesidad de des-individualizar la literatura:

[T]omemos resueltamente, pues, la obra como un documento, como un trazo particular de una actividad de la que, por el momento, nos interesará sólo la vertiente colectiva; veamos, en síntesis, aquello que podría ser una historia no de la literatura sino de la *función literaria*.

Y continúa más adelante:

Es pues solamente en el plano de las *funciones literarias* (producción, comunicación, consumo) donde la historia puede emplazarse, y no en el plano de los individuos que han ejercido esas funciones. Dicho de otro modo, la historia literaria sólo es posible si se hace sociológica, si se ocupa de las actividades y las instituciones, no de los individuos.

La historiografía inclinada ahora hacia la función literaria y las formaciones discursivas, como también, atendiendo al proceso diferenciado interno del continente, debe emplazarse, superando las dificultades –necesarias en su momento– que presentó la crisis del estatuto epistemológico de la historia y de la literatura, hacia una comprensión de la particularidad cultural latinoamericana desde una perspectiva integradora que asuma la pluralidad en las producciones culturales, como también, que dé cuenta de ciertos ejes centrales que han regido el proceso de formación de la literatura latinoamericana. Sin duda, para el actual desarrollo de la crítica latinoamericana, el trabajo de Henríquez Ureña sigue siendo un aporte que mantiene vigencia en sus ejes centrales, y que merece ser revisitado.

Bibliografía

Barthes, Roland. “¿Historia o literatura?” *Sobre Racine*. México, D.F.: Siglo XXI, 1992. 174-194.

Cándido, Antonio. “Literatura e historia”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 168-173.

Gutiérrez Girardot, Rafael. “El problema de una periodización de la historia literaria latinoamericana”. *La literatura latinoamericana como proceso*. Ed. Ana Pizarro. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. 119-131.

Foucault, Michel. “¿Qué es un autor?” *Litoral* 25/26 (abril 1998): 35-71.

Henríquez Ureña, Pedro. *Seis ensayos en busca de nuestra expresión*. Buenos Aires: Babel, 1928. Edición virtual Cielo Naranja. Julio 2006. <www.cielonaranja.com>.

Henríquez Ureña, Pedro. *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

Jauss, Hans Robert. “Historia de la literatura como una provocación a la ciencia literaria”. (1970). *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Ed. Dietrich Rall. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. 55-58.

Jauss, Hans Robert. “Cambio de paradigma en la ciencia literaria”. (1974). *En busca del texto. Teoría de la recepción literaria*. Ed. Dietrich Rall. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México, 1987. 59-71.

Leenhardt, Jacques. “Literatura e historia”. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 149-167.

Mackenbach, Werner. “Introducción”. *Intersecciones y transgresiones: Propuestas para una historiografía literaria en Centroamérica. Hacia una Historia de las Literaturas Centroamericanas – I*. Guatemala: F&G Editores, 2008. ix-xxix.

Mariátegui, José Carlos. *Siete ensayos sobre la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta, 1928.

Mariátegui, José Carlos. “Seis ensayos en busca de nuestra expresión por Pedro Henríquez Ureña”. *La utopía de América*. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.

Miliani, Domingo. “Historiografía literaria latinoamericana. Más allá del inventario y de la anécdota. La historia posible”. ” *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. México, D.F.: El Colegio de México, 1987. 101-119.

Pacheco, Carlos, y Ana Pizarro. “Aprender el movimiento nuestro imaginario social”. *La literatura latinoamericana como proceso*. Ed. Ana Pizarro. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. 68-77.

Pizarro, Ana. “Introducción”. *La literatura latinoamericana como proceso*. Ed. Ana Pizarro. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. 13-67.

Pizarro, Ana. “¿Diseñar la historia literaria hoy?”. *Estudios. Revista de investigaciones literarias* 4.8 (1996): 71-77.

Pizarro, Ana. “Introducción. La unidad y los heterónimos: Articulaciones de la cultura en América Latina”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 19-25.

Pizarro, Ana. “La situación cultural de la modernidad tardía en América Latina”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 27-40.

Pizarro, Ana. “Interrogar a los textos en el espacio de la historia: periodo y región”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 55-68.

Pizarro, Ana. “Entre narrativas. Historiografía y ficción”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 69-79.

Pizarro, Ana. “Viaje, exilio y escritura”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 81-90.

Pizarro, Ana. “Cuestiones conceptuales: mestizaje, hibridismo”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 91-106.

Pizarro, Ana. “Áreas culturales en la modernidad tardía”. *El sur y los trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Ed. Ana Pizarro. Madrid: Universidad de Alicante, 2004. 177-192.

Rama, Ángel. “Algunas sugerencias de trabajo para una aventura intelectual de integración”. *La literatura latinoamericana como proceso*. Ed. Ana Pizarro. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1985. 85-97.

Rojo, Grínor. “Pedro Henríquez Ureña en busca de nuestra expresión”. *De las más altas cumbres. Teoría crítica latinoamericana moderna. Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Antonio Cándido, Ángel Rama y Antonio Cornejo Polar*. Texto inédito, facilitado por el autor.

Sarlo, Beatriz. “Raymond Williams: una relectura”. *Punto de Vista* 45 (1993): 12-15.

Williams, Raymond. *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Península, 2000 (1988).